

regional de Francia nunca verdaderamente discutida porque estaba calcada sobre el molde de las grandes regiones naturales; y, sobre todo, el menosprecio llamativo que mostró la geografía regional hacia las circunstancias administrativas, en las que los geógrafos no pudieron evitar seguir viendo divisiones arbitrarias y artificiales del espacio. ¿Residirá en estas carencias la enorme paradoja de que los geógrafos, que han dedicado lo mejor de su quehacer a estudiar y tipificar regiones, queden escandalosamente ausentes del debate político y social para la división regional? Sin duda lo estuvieron en Francia, pero ¿y en España?

Algo parecido ocurre con la ordenación del territorio. ¿Qué pensar de una disciplina requerida en momentos clave de la historia del primer tercio de este siglo para reflexiones territoriales, y que queda postergada, si no excluida, de la práctica de la ordenación cuando ésta se organiza y se consolida? ¿Reside toda la responsabilidad en un conocimiento que se encierra en la enseñanza secundaria y universitaria hasta casi confundirse el desarrollo disciplinar con las carreras académicas? No faltaron deseos ni contradicciones. Las palabras que, al parecer, pronunció Blanchard, uno de los geógrafos más comprometidos con la vida regional, dirigidas a sus colegas belgas en un seminario de geografía de la Universidad de Lieja, son expresivas de una frustración crónica:

«¿Qué suerte tienen! Su gobierno les aprecia y les emplea. Les envidio porque no se nos pide nada semejante en Francia, donde el gobierno y la administración nos ignoran. Francia posee actualmente la mejor escuela de geografía del mundo y, sin embargo, está totalmente subutilizada.» (pág. 125).

Termino con dos comentarios. En un capítulo final de recapitulación y balance, André-Louis Sanguin plantea las cosas en términos de que la geografía habría llevado a cabo en este siglo una traslación sin precedentes científicos, desde el campo de las ciencias naturales al de las ciencias sociales. «Al migrar de las ciencias de la naturaleza a las de la sociedad, la geografía ha efectuado un recorrido rarísimo en el seno de las grandes ciencias.» (pág. 341). Sin poner en duda la tendencia general, me parece que el libro comentado suministra numerosos ejemplos de que no se puede hacer una lectura tan lineal y esquemática, que los autores y textos que se estudian muestran una concepción mucho más imbricada, no tipificable en esos términos.

Finalmente, todo el libro está recorrido por el diagnóstico de esclerosis en la práctica geográfica clásica de la segunda etapa. Y, sin embargo, en casi todos los capítulos se desmiente en parte esta imagen, para transmitir la

idea de que sigue siendo un placer leer a los clásicos, que sus obras están henchidas de ideas, de hallazgos, de rigor interpretativo que, en algunos casos, conservan lozanía y oportunidad. Paradójicamente, lo que más queda tras leer lo que aquí se califica de paso de la época dorada a la época negra de la geografía francesa es el deseo de leer a sus autores, de releer a los clásicos.— JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

*Algo más que una historia de la Unión Geográfica Internacional**

En el XXVIII Congreso Internacional de Geografía, organizado por la Unión Geográfica Internacional y celebrado en La Haya entre el 4 y el 10 de agosto 1996, se ha presentado un libro que narra la historia de la UGI y de los congresos internacionales. La ocasión coincidía también, como recuerda en las palabras preliminares el presidente de la Unión, Hermann Th. Verstappen, con el 125 aniversario de los Congresos de Geografía, ya que el primero se celebró en Amberes en 1871.

La iniciativa ha correspondido a la Comisión de «Historia del pensamiento geográfico» que en su reunión en Bundanoon con motivo del Congreso de Sydney de 1984, decidió actualizar el volumen publicado en 1972 bajo la dirección de su presidente entre los años 1968 y 1980, Philippe Pinchemel, con el título: *La géographie à travers un siècle de congrès internationaux*. La obra ha sido llevada a cabo por el equipo de investigación *Epistémologie et Histoire de la Géographie* del *Centre de Géohistoire de Paris* perteneciente al *Centre National de la Recherche Scientifique*, creado por el mismo Pinchemel y que ahora dirige Marie Claire Robic, directora también de la obra que comentamos.

Géographes face au monde es más que una historia de las vicisitudes de la Unión Geográfica Internacional y de sus Congresos, con ser esto ya mucho. Suministra la información necesaria y propone la reflexión crítica oportuna para reconocer las claves de una evolución que ha hecho de la geografía en estos 125 años una disciplina más académica y más desprofesionalizada, en beneficio de la formación de enseñantes y de la consolidación

* ROBIC (Marie Claire), BRIEND (Anne-Marie) et ROSSLER (Mechtild): *Géographes face au monde. L'Union Géographique Internationale et les Congrès Internationaux de Géographie*, Paris, l'Harmattan, Col. Histoire des Sciences Humaines, 1996, 464 págs.

científica. Ello aumenta su interés para una geografía española que, por motivos que no vienen al caso, no siempre ha estado próxima e involucrada en las tareas de la UGI.

La obra está dividida en cinco partes o libros. En el primero («Una organización internacional») redactado por Robic y Dominique Volle, se narra la historia de la creación y desarrollo de la Unión Geográfica Internacional así como los límites a su internacionalismo. El segundo libro («Congresos y Conferencias. Dinámicas científicas y organización del campo»), obra de Béatrice Collignon, expone el funcionamiento científico de la Unión. La tercera parte está escrita en su mayoría por Marie Claire Robic y con el título de «Frente al mundo: una organización en acción», recupera los debates congresuales y sus cambios en el marco de las relaciones internacionales de este siglo. Es, sin duda, la parte más analítica y epistemológica.

En el cuarto libro, se han recogido los testimonios de testigos privilegiados de los últimos cincuenta años de la UGI. Se trata de Michel Phlipponneau, que habla de su experiencia como patrocinador de una Comisión de Geografía Aplicada; del geógrafo de Québec, Louis-André Hamelin que enjuicia el carácter «internacional» de la UGI en el Congreso de Lisboa de 1949, primero al que asistió; de Jerzy Kostrowicki, que suministra sus impresiones de los Congresos; y de las dos entrevistas realizadas por Mechtild Rössler a Chauncy Harris, Secretario general de 1969 a 1976 y a W. Manshard, que le sucedió en el cargo hasta 1984. Estos dos últimos suministran informaciones muy valiosas, aunque siempre diplomáticas, respectivamente de cuestiones de índole política en el seno de la Unión y de la participación en otros foros internacionales de la UGI.

En la última parte se presenta un repertorio de los archivos y publicaciones de la UGI. Los Archivos oficiales de la Unión desde 1956 fueron donados a la Royal Geographical Society de Londres. No han sido localizados los del período 1922-1956, parte de los cuales según el testimonio de Martonne fueron confiscados por los nazis en el Institut de Géographie de Paris y trasladados a Berlín. Se repertorian igualmente las publicaciones de la UGI y de sus Comisiones y Grupos de Trabajo. Se cumple así uno de los objetivos de la obra: reunir el mayor número posible de materiales de referencia sobre la organización. A todo ello se añade un pequeño repertorio iconográfico.

Volviendo a las tres primeras partes que son las de más sustancia, el argumento fundamental es que en los

congresos y otras actividades patrocinadas por la UGI pronto predominarán enseñantes e investigadores, a diferencia de lo que ocurrido con anterioridad, en que las mayores inquietudes se dirigían a la acción. Ello se traduce tanto en formas de organización y funcionamiento como en contenidos.

La Unión Geográfica Internacional es creada de modo efectivo el 27 de julio 1922, aunque ya había sido aceptada por el Centro Internacional de Investigación en 1919. Es, pues, enteramente una creación de los Aliados y eso explica que la incorporación de Alemania no se haga hasta 1934, habiendo sido Francia el país que más reticencias mostró¹. Alemania se incorpora por voluntad estratégica del III Reich, aunque algunos de los geógrafos de mayor prestigio y más comprometidos con el nazismo, como Passarge, se oponían. La tensión se reprodujo naturalmente durante la II Guerra Mundial y Alemania no estuvo invitada al Congreso de Lisboa 1949, cuando se reemprende la actividad (salvo a título personal Hermann Lautensach)².

Al crearse la UGI prevaleció, a iniciativa de las Academias de Ciencias de los países aliados, la opción de comités nacionales representando a los Estados, frente a otras opciones de instituciones permanentes esbozadas antes de 1914: una unión mundial de Sociedades de Geografía (que hasta entonces eran las que habían ido organizando los Congresos) o un Instituto internacional de Geografía. Esta opción suponía aceptar el principio de distintos Comités nacionales según las circunstancias de cada país y el estado de la geografía en él. La evolución estatutaria introdujo con el tiempo el valor desigual del voto nacional según la cuota contributiva y el principio de voto único de cada Comité, suprimiendo una posible participación ponderada de las distintas partes que pudieran constituirlo.

El estudio de la evolución de las adhesiones a la UGI pone en tela de juicio que se trate de una organización verdaderamente internacional. De 1922 a 1938, se había pasado de 7 a 30 miembros; luego desde la postguerra a los años ochenta, hay un crecimiento espectacular, alcanzándose los 90, pero en el último decenio ha habido una reducción por aplicación rigurosa del principio de

¹ España fue uno de los siete países fundadores, aunque en 1919 se pensó en no incluirla por haber sido país neutral durante la contienda.

² La geografía alemana intentó incluso con la reunión «internacional» mantenida en Würzburg en 1942, a iniciativa de Schmieder, crear otra organización bajo tutela alemana. A esa reunión asistieron alemanes y representantes de países del Eje o cercanos a él: italianos, finlandeses búlgaros y españoles (Juan Dantín y José Gavira).

pago de cuotas. La realidad financiera choca así con el principio de universalidad científica. Y, en todo caso, hay que comparar los 80 miembros actuales con los 190 de la ONU. Esta situación está llevando al Comité Ejecutivo a considerar fórmulas de adhesión menos rígidas.

El otro hecho limitante de la universalidad procede de la concentración, a lo largo de la historia de la UGI, de los cargos ejecutivos en personas pertenecientes a países ricos. El hecho es particularmente notable en lo que se refiere al secretariado general (18 mandatos para 8 países y 10 personas, todas procedentes de países fundadores y ricos).

Como es sabido la UGI funciona a través de los Congresos interanuales cada cuatro años, las Conferencias Regionales también cada cuatro años, alternando bienalmente con los Congresos, y las Comisiones y Grupos de Trabajo. El problema de los Congresos es evidentemente que se van haciendo cada vez más complejos, lo que les hace perder el sentido global y erosiona su interés. Eso es lo que condujo hacia los congresos temáticos e, incluso, a convertirlos, en los últimos en estados generales de la marcha de las Comisiones. En este sentido el Congreso de La Haya de 1996 que reunió en la misma sede y fecha que el Congreso general, las reuniones de las Comisiones y Grupos, se presentó como una nueva fórmula de integración, pero falta todavía por hacer una valoración de lo ocurrido.

Las Conferencias regionales nacen para reequilibrar algo el mapa de las sedes y la complejidad temática de los Congresos en favor de los países marginales y de cuestiones concretas con mayor relación con el marco regional. La primera se celebró en Kampala en 1955 y fue de este tenor pero la dinámica les ha hecho parecerse a los Congresos.

En cuanto a las Comisiones, que se crearon ya en el Congreso de Berna de 1891, son las que aseguran el trabajo entre congreso y congreso. Han sido definidas reiteradamente como el órgano más importante de la UGI pero también se ha dicho que sus simposios precongresuales contribuyen a vaciar científicamente los Congresos. En el libro se estudia su número y su dedicación, resultando uno de los hechos más llamativos el que hasta 1968, no se creara una Comisión de cuestiones urbanas. En el momento actual, los mayores problemas observados tienen que ver con un número demasiado elevado de Comisiones y Grupos de Trabajo (que de hecho se comportan como antesala de Comisión, o como interregno entre dos etapas de la misma); con que no se evalúan con suficiente rigor sus rendimientos; y con que las

creaciones y supresiones están sometidas a criterios más políticos y diplomáticos que de rendimiento y oportunidad científicos, con lo que hay riesgos de esclerosis si se mantienen algunas Comisiones ya claramente desfasadas. A este respecto, el Comité Ejecutivo de la UGI oscila entre la flexibilidad y la firmeza sin encontrar un rumbo fijo.

Analizando sucesivamente lo que son las resoluciones de los primeros Congresos, anteriores a la UGI, y lo que es la estructura de éstos en período de entreguerras, Marie-Claire Robic pone bien de manifiesto cómo se va pasando de la preocupación por la acción a una reunión que se convierte en mecanismos de comunicación interna de una comunidad académica, una *Cité savante*, en expresión de la autora, que se cierra sobre sí misma. Las resoluciones de los Congresos del último tercio del siglo XIX y primer decenio de éste tienen que ver con la búsqueda de una unidad de acción (si no ya colonizadora por haber demasiados intereses enfrentados), sí en relación con empresas de unificación cartográfica y estadística: mapa mundial a 1.000.000, atlas de formas de relieve, unificación de leyendas de mapas y nomenclatura geográficas, estadísticas de migraciones, etc.

En el Congreso de París de 1931, se impone, en ausencia de alemanes y austriacos, la Escuela francesa y el modelo de Congreso que propugnan de Martonne y Demangeon: de las resoluciones congresuales y comisiones autónomas ad hoc, se pasa al modelo de cuestiones previas, secciones, comisiones y excursiones. Por una parte, la adopción del modelo francés de bibliografía geográfica supone la transferencia de la competencia científica y documental a la escuela francesa, migrando, en definitiva, el centro de gravedad hacia la esfera francófila y angloamericana a expensas de la geografía alemana.

Uno de los aspectos más interesantes de este sistema de funcionamiento fue el de la búsqueda de protocolos de investigación. Entre los temas objetos de estos protocolos está el de la búsqueda de niveles constantes de terrazas fluviales. Pero quizá el más significativo es el del Cuestionario de Geografía rural elaborado por Albert Demangeon, que la Comisión de Hábitat Rural, que duró cuatro períodos intercongresuales y movilizó en torno a esta temática a franceses, italianos, belgas e ingleses³, se encargó de aplicar y de discutir, sin llegar por cierto a acuerdos. Hubo debates notables aflorando

³ El Instituto Elcano del Csic español, con Manuel de Terán a la cabeza, se sumó a esta iniciativa a mediados de los años 1940, cuando ya la Comisión de Hábitat Rural había sido disuelta.

diferencias de estilo y de concepción aunque sin la virulencia de etapas posteriores, cuando se plantea la geografía cuantitativa. Del período estudiado, hay, sin duda, que concluir la dificultad de sistematizar en geografía humana. Los mayores acuerdos se lograron en cuestiones de vocabulario, aunque más como equivalencias lingüísticas que como gestación de una lengua común. Cualquiera que fuera la ambición, los resultados tienen más que ver con un vocabulario de comunicación que con uno de unificación. Algo parecido puede decirse de las cuestiones planteadas con bastante intensidad en estos años centrales del siglo en torno a la cartografía temática.

En definitiva, el argumento central de libro está muy bien resumido por las autoras en las últimas páginas del mismo (pág. 433)

«Analizando los programas, resoluciones, lugares y temas de los congresos y simposios, relaciones con los Estados y con las organizaciones internacionales, se pueden definir cuatro períodos característicos de la "vida internacional" de los geógrafos. En un primer momento, antes de la Primera Guerra Mundial, sus curiosidades múltiples están dirigidas por *la acción*; en los congresos, al ser el reparto colonial en parte evacuado del debate, se centran sobre una visión de unificación de las representaciones de la tierra que traduce la estandarización de la carta del mundo elaborada con sello internacional. Después, bajo la égida de la UGI, sigue una *era "científica"* en la que la ambición de llevar a cabo programas de vocación universalizante suscita dispositivos de investigación inéditos, dibuja una disciplina más estrictamente concebida que con anterioridad, pero se identifica mal con los problemas mundiales y con las *afirmaciones nacionales*. A partir de los años cincuenta, se abre un período mixto de *especialización científica*, de refinamiento técnico y de reorientación hacia *la práctica*, en la que encajan, mal o bien, las descolonizaciones, las divisiones de la Guerra fría y los problemas de desarrollo. Finalmente, en el curso del período llamado de "*globalización*", de los riesgos ambientales y de "*mundialización*", en el que las escalas son concebidas a nivel del planeta y de la humanidad, los trabajos de la UGI reencuentran a múltiples organismos internacionales, programas pluridisciplinarios, y reanudan por lo general la orientación práctica.» (Todos los énfasis son de los autores).

Por motivos que no se hacen demasiado explícitos, en esta historia secular, el equipo redactor ha optado por mirar más detenidamente, como hemos visto, el período de entreguerras y la inmediata segunda postguerra. El análisis gana en profundidad y resulta muy sugerente. Pero da motivo para pensar en que tiene que hacerse un revisión igual de crítica como clarividente de la historia de la UGI en esta segunda mitad de este siglo. Quizá todavía no dispongamos de la perspectiva necesaria.

En todo caso, sumémoslos a los deseos expresados por las autoras: «Deseemos para el futuro prácticas geográficas a la medida de realidades científicas, políticas,

éticas, técnicas, de una época en que el espacio mundial al que la geografía se enfrenta es cada vez más pequeño [...] y está entretrejado de redes tanto como de territorios.»— JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

*La Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico de la Unión Geográfica Internacional: Actividades y proyectos (1992-2000)**

La Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico es una de las más antiguas de las que actualmente existen en la Unión Geográfica Internacional, ya que fue creada en 1968. Su trayectoria muestra voluntad de tener un carácter casi permanente. En efecto, transcurridos los dos períodos autorizados de existencia, en 1980 fue suprimida y sustituida por un Grupo de Trabajo que dio, de nuevo, paso a una Comisión a partir de 1988. La Comisión de Historia del Pensamiento Geográfico es también Comisión Permanente de la Unión Internacional para la Filosofía y la Historia de las Ciencias (IUPHS) En esta noticia, vamos a dar cuenta de sus objetivos y actividades en el último cuatrienio y de su programa para los cuatro años finales del siglo.

En sus doce primeros años de existencia, la Comisión estuvo presidida por el profesor Philippe Pinchemel. Después han sido presidentes David Hooson, de la Universidad de Berkeley, y Keiichi Takeuchi de la Komozawa University de Japón. En 1994, Takeuchi fue sustituido por Anne Buttimer, de Dublín, que hasta entonces era Secretaria, ocupando la secretaría Vincent Berdoulay, de la Universidad de Pau. Al ser elegida Anne Buttimer vocal del Comité Ejecutivo en el reciente Congreso de La Haya de agosto 1996, Vincent Berdoulay ha ocupado la presidencia de la Comisión. Se han renovado los miembros para este nuevo período en el sentido siguiente: Mark Bassin (Gran Bretaña), Patrick Armstrong (Australia), Ahmed BenCheikh (Marruecos), Athanase Bopda (Camerún), Gary Dunbar (U.S.A.), Josefina Gómez Mendoza (España), Lia Osorio Machado (Brasil), Hideki Nozawa (Japón), Ute Wardenga (Alemania) y Hong-Key Yoon (Nueva Zelanda). Son miem-

* Noticia redactada a partir de los documentos «Activity Report 1992-1996» y «Proposal for Renewal 1996-2000», escritos por la Presidente y el Secretario de la Comisión (Anne Buttimer y Vincent Berdoulay) y presentados en La Haya, agosto 1996.